La pampa florecida

- 1950 -

Apenas si se anunciaba el alba cuando partieron de puerto y ahora el sol quemaba recto en este mediodía de infierno. El viaje amenazaba ser interminable.

Toda aquella soledad... Era angustiosa esta tierra sin límite. Ni un árbol, ni un arbusto cortaba su plana monotonía. Solo el cielo caía de pronto sobre ella, deteniéndola. Pero también el cielo tomaba aquel color blanquecino.

El trepidar del motor disolvía en parte ese silencio que se desplomaba como una mortaja sobre el automóvil. El vehículo avanzaba con lentitud, al igual de un insecto que reptase entre piedras. La conversación dentro de él había quedado suspendida: frases sin terminar que por fin se incluyen en la quietud, demasiado cansadas para enhebrarse. Y los ocupantes no hacían sino seguir con la vista la interminable línea del horizonte. Allá, a lo lejos.

* * *

Algo de esa tierra —tierra, arena o polvo?— los envolvía en silencio, como si aquel hombre y ese niño hubiesen sido dos muertos.

Y era la muerte en realidad la que se arrastraba junto a ellos. Una muerte, sin embargo, llena de vida. Ahí estaba ese calor espeso. Él lo atestigüaba. La muerte viene siempre envuelta en sombras, su presencia arroja en torno un círculo de frío; pero aquí se acompañaba de sol, de luz y trastornaba aún más. Era un contrasentido.

Algo sentían ellos de esa sensación. Sabían que rondaba a su alrededor. ¿Pero qué? El hombre, inmovilizado en una posición, guiaba. Sus manos anudábanse al volante y, por la fuerza, los nudillos se habían descolorado a un blanco y marmóreo. Eran extrañas aquellas manchas blancas en esas manos tan rojas. Semejaban los ojos de algún reptil. El niño quedó paralizado al mirarlos por primera vez. Y ahora no podía apartar su vista de ellos. Lo atraían... como ese día en que la profundidad de un precipicio pareció llamarlo. Aun cuando no. Quizás no. Era más bien una sensación nueva, enteramente nueva.

El ruido del motor se incorporó al silencio, se hizo silencio.

El hombre tosió. Quería romper esa tensión que palpitaba en el aire. No quería escucharla.

Nunca. Jamás. Entreabrió sus labios para hablar; pero no brotó ningún sonido. Volvió a toser.

-Primera... -y la palabra taladró la quietud-. ¿Primera vez que viene, don Javierito?

El reflejo del sol se deshacía sobre los metales del automóvil. Eran imágenes grotescas. Movedizas. Como frases rápidas que no se alcanzan a descifrar. El sol quemaba, hacíase fuego en cada partícula de ese aire detenido.

-Sí -contestó Javier.

-¡Ah!

Las manos del hombre se distendieron. De inmediato los nudillos se tiñeron de rojo. Javier apartó su vista rápidamente y volvió a contemplar el arco del horizonte.

El silencio ya no volvería. Habían arrojado una piedra en aquel charco.

-¿Mucho tiempo que no ve a su padre?

La pregunta sobresaltó a Javier. Le gustaba aquel silencio circundado por algo incomprensible y maravilloso. ¿Por qué aquel hombre lo rompía a cada instante?

-¿Cómo? -no había escuchado.

-Digo si hace tiempo que no ve a don Cristóbal.

-Un año... tal vez más. Desde que él llegó acá.

-Lástima que no haya podido venir a buscarlo él mismo.

Javier no contestó. Era la tercera vez que repetía eso. ¿O quizás la cuarta? No sabía. No le importaba. Solo quería que callase. Una sensación desconocida parecía adueñarse de su cuerpo. Como un cansancio, como un letargo. Los movimientos huían de sus manos... así, tan suavemente.

-¿Qué le parece la pampa? ¿Le gusta?

Otra vez. Otra vez. Oh, estaba cansado y sin embargo no. No lo estaba. No era cansancio sino otra cosa... Estaba seguro de que algo aleteaba junto a él, lo había sentido desde que entraron en la pampa, desde que hubieron abandonado las últimas casas del puerto.

-N-no sé. Quizás. Quizás... quizás si hubiese más árboles...

El hombre no le dejó terminar. Al comienzo lo miró con una expresión incrédula; pero al ver la seriedad del muchacho su risa brotó plena. Se estremecía como una mole de gelatina y el silencio se trizaba desordenadamente con sus carcajadas.

Javier sintió asco. Todo en aquel hombre era desmesurado, inmenso. Bajo la piel adivinaba los músculos hinchados, de un color rojo, como aquellos en las láminas de sus libros de estudio. Su risa misma era espesa.

-¿Cómo? -reía- algunos árboles...

Javier pensó que el solo mirarle hartaba.

Ansió terminar pronto aquel viaje. Todo giraba alrededor: la quietud asaetada, el temblor del motor, el sol... Ese algo maravilloso había huido.

-¡Ah! Dios mío... -exclamaba de vez en cuando el hombre mientras su risa decrecía paulatinamente-. Esto sí que es bueno...

El camino se extendía ante ellos como una larga pesadilla. Javier creía haberlo visto antes. Pero ¿dónde? Recordaba una mano... ¿Por qué una mano? Y ella le indicaba ese camino. Había querido distinguir los rasgos pero estos se perdían entre sombras, sólo veía aquella mano, como si produjese alguna fosforescencia. Y comenzó a andar. El camino era recto, tal como este; todos los colores eran iguales: sendero, lindes y cielo, tal como este... Mas, a medida que avanzaba, el horizonte se iba alejando. Era una noche extraña. ¿Por qué pensó noche; quizás era de día? En el silencio se presentían gritos; pero ahogados por felpas, por algo que parecía surgir de la tierra o quizás del tiempo, ese tiempo que se había detenido en un instante cualquiera...

De pronto se detuvieron. Bruscamente. Oyó un ruido lejano. Pensó en una hélice que gira en el vacío. Miró con sorpresa al hombre; pero este no contestó. A los pocos segundos algo estalló dentro del motor. En un movimiento instintivo, Javier se aferró a la puerta.

-Maldita... -murmuró el conductor entre dientes al ver surgir una columna de vapor- ¡Está hirviendo!

-¿Qué sucede? -exclamó Javier, algo asustado, al verse envuelto en aquellos humos espesos.

-Este maldito... -dejó la frase en suspenso. Con torpeza, bajó del vehículo y fue a revisar el motor. A los pocos momentos volvió:

-Menos mal que no estamos muy lejos.

-¿Lejos?

-De la Oficina -respondió exasperado-. Tendremos que caminar un poco.

-Un poco... -repitió Javier y, no sabía por qué, pronunció las palabras en un tono muy alto, como si quisiera hallar un eco.

* * *

No podía creer a sus ojos. Este patio tan fresco, rodeado de altas murellas blancas, donde la luz penetraba tamizada a través de frondosas enredaderas. ¿Era solo un sueño? Aquí, bajo sus pies, baldosas frías, casi heladas. Puso su mano sobre ellas y un inmenso bienestar lo embargó. Y allá... ¡allá! sobre aquella mesa. Cerró los ojos y los volvió a abrir. No, no era un sueño esa hilera de altos vasos, llenos de un líquido anaranjado. El perfume de la fruta llegó hasta él.

—Papá...—gritó Javier— si parece que les hubiese crecido musgo, tan fríos están, un musgo blanco... de escarcha —y pasaba las yemas de sus dedos sobre el cristal empañado.

Cristóbal rió, molesto.

—¿Y dónde fue que se detuvo el automóvil?

—Cerca, don Cristóbal. Más o menos a...

—Venga, Alejandro. Pasemos a mi despacho.

La conversación se fue apagando poco a poco. Javier quedó solo. Una leve brisa penetraba a través de las plantas. Inundaba el patio de resonancias. Javier tomó con cuidado uno de los vasos y lo acercó a sus labios. Los hundió lentamente en el líquido y permaneció gustándolo un momento, luego comenzó a beber con avidez.

* * *

Un inmenso abanico automático giraba sobre la mesa donde Cristóbal había reunido a varios amigos.

—¿Y tu hijo, Cristóbal?

—Llegó hoy día.

—¿No le veremos? —preguntó una de las mujeres. Rubia, delicada, tosió con suavidad antes de hablar.

—Luego vendrá.

Cristóbal bajó la vista. El diseño del mantel lo fascinaba. Todos aquellos hilos que se entrecruzaban formando extraños dibujos. Siguió el recorrido de una de las hebras, su dedo palpó con delicia la huella sinuosa... lenta, lentamente. Y, de pronto, las manos. Le pareció un mal sueño, algo enervante como la sensación de presentir el sabor de un licor sin siquiera haberlo probado antes. Las veía revolotear, enhebrarse, retomar a su antigua posición. Gesticulaban al igual que fuesen rostros y poseyeran una voz. Las manos de sus amigos... Algunas finas, delicadas, una red de venillas azules entretejiéndose en el dorso; otras, en cambio, eran anchas, de uñas recortadas con severidad. Siguió los movimientos de una escogida al azar ¿a quién pertenecía? La vio avanzar, ir hacia la copa llena de vino, alzarla, volverla a depositar, dibujar dos o tres imágenes en el aire, y luego... Cristóbal la miraba obsesionado. Parecía adivinar los diferentes gestos y esta sensación lo atormentaba. Como si él, algo dentro de él, influyera sobre aquella mano.

—¿Qué miras? —preguntó alguien.

—Nada.

Pero no podía apartar su vista de esas manos. Creyó estar en una jaula llena de pájaros alocados; agitaban sus alas, se golpeaban, se herían. Y sus propias manos comenzaron a sentirse presas de esa nerviosidad. La sangre

quemaba en ellas, las obligaba a moverse, tomar una miga, descuartizarla entre los dedos. La luz asaetaba el cristal de las copas, descomponíase en sus vértices. Y luego aquel enjambre de voces, cada vez más rápido, cada vez más fuerte.

—¿Terminó sus estudios? —interrogó un holandés mientras se enjugaba el sudor con la servilleta. Era gordo y pesado.

Don Cristóbal rió suavemente al contestar:

—No. Solo tiene once años.

—¡Qué lindo! —exclamó una señora que luego hundió sus ojos llorosos en un punto lejano.

—Cuando yo le conocí —comenzó Daniel y hacía girar en uno de sus dedos una esmeralda extrañamente engastada —hace ya dos años, creo... ¿Recuerdas, Cristóbal? Era algo soñador, enigmático. No era un niño como cualquier otro.

—Ha cambiado —interpuso manifiestamente molesto Cristóbal—. Todo es distinto ahora.

—Quizás...

—¡Un niño poeta! — la dama de ojos llorosos se perdía en sus fantasías.

—El poeta que clama esta tierra. —Daniel hablaba con un tinte irónico.

—Creí que tú eras el elegido.

Todos miraron a Mónica. La “bella” Mónica como la llamaban, no pareció sorprenderse.

Estaba acostumbrada a que todos la mirasen; sus palabras, más que sonidos, eran imágenes.

Y los hombres eran muy dados a contemplarlas.

—¿Poeta? —rió como despreocupado Cristóbal—. Poeta no. Un hombre... como yo, con los pies bien firmes en esta tierra.

—¿Y por qué no hombre y poeta a la vez? —nuevamente Mónica coque-teaba con las frases. Rió... De un movimiento rápido echó la cabeza hacia atrás agitando la cabellera. Sabía que todos los hombres recorrieron con la vista aquella línea suave de su cuello; todos menos su marido. Le sonrió. ¡Pobre viejo! Solo se preocupaba de comer, moviendo eternamente la cabeza, gesto casi imperceptible pero enervante. Le sonrió. El marido contestó apenas: masticaba con dificultad. Mónica volvió a sonreírle mientras bajo la mesa su mano buscaba la de Daniel.

—Pues...

Mas Javier entraba en aquel instante. La conversación pareció suspenderse y no se oyó sino el ruido que hacía el abanico al cortar el aire. Un leve rubor invadió el rostro del niño al ver que todas esas miradas se posaban sobre él. Saludó. Y, en medio de aquel silencio que comenzaba a hacerse insoportable, una voz sonó de pronto:

-Es el retrato de su madre.

-Mas bien lo encuentro parecido a mí - rectificó Cristóbal y tuvo, por un momento, el lejano recuerdo de su esposa, separada de él hacía años.

-Quizás -murmuró Daniel.

La conversación adquirió cierta intensidad. Hablaban sobre los parecidos. Alguien queriendo ser espiritual, dijo:

-Los parecidos son asunto complicado. Nadie está nunca de acuerdo.

Algunos sonrieron por cortesía.

Poco, a poco las voces comenzaron a apagarse. Semejaba el ritmo del oleaje: por momentos adquiría una fuerza ensordecedora solo para retomar luego a una quietud de espera. La señora de los ojos llorosos cruzó las manos sobre su falda y lanzó un último suspiro. Pero la voz de Javier irrumpió de pronto:

-Dígame, señor...

El holandés, a quien se dirigía por estar sentado cerca de él, se dio vuelta hacia el muchacho. Una sonrisa benevolente trataba de diseñarse en sus mejillas bulbosas.

-Sí...

-Es cierto que en estas tierras se encierra una gran riqueza...

-Sí.

Los otros comensales lo miraron sorprendidos. Cristóbal fijó los ojos en su hijo como tratando de detener algo que presentía desastroso. Pero el niño continuó.

-¿Es cierto que... que aquello sirve para que las plantas crezcan más grandes y... y fuertes?

-Sí. Es una manera de definirlo -sonrió.

-Entonces... Entonces por qué no transforman todas estas tierras en un inmenso parque?

La mandíbula del holandés cayó pesadamente.

-Un parque -proseguía-. Grandes árboles y plantas y sombras...

No pudo terminar. El holandés comenzó a reír con estrépito. A él se unieron otras risas cada vez más fuertes, carcajadas, gritos casi.

-¿Cómo? ¿Cómo?-preguntaba entre suspiros y los otros parecían corearlo.

No es posible.

-Pero...

-Es demasiado divertido...

Como espadas se entrecruzaban las risas sobre la mesa. Parecían herirse, hacer sangrar sus metales. Sangre luminosa. Chorros de luz.

El abanico giraba, giraba.

Javier entró al despacho. Era una habitación desagradable, de paredes oscuras, débilmente iluminada por una lamparilla que había sobre el escritorio. Al penetrar, le pareció al muchacho que avanzaba por una gruta; pero no una hermosa gruta de piedra sino de madera, lisa, muy lisa, como un cajón.

—Te he llamado —sorpresivamente vio el rostro de su padre semiescondido por la pantalla verde de la lámpara— para conversar contigo.

Javier, en silencio, se sentó en el borde de un inmenso sillón. Por un momento pensó que el alto respaldo se desplomaría sobre él.

—He querido... —continuó Cristóbal y sintióse de súbito acobardado.

Javier siguió con su vista el interminable diseño de la alfombra. Sobre él, la inmensa lámpara, cuajada de retorcidos brazos, se sumía en la sombra. Semejaba una araña gigante que desde su oscura posición espiara.

—Sabes... no sé cómo decirte... es, es tan difícil.

—Decirme qué, papá.

—Yo... yo te envié al colegio para que cambiaras tu carácter. —Cristóbal presentía la torpeza de sus palabras, pero prosiguió. No... no es bueno que un hombre sea blando. Debe tener personalidad, saber imponer y...

Al ver la expresión de total confusión que se dibujaba en los rasgos de Javier, el padre titubeó un instante. Mas, como si tomase una repentina e irrevocable resolución, lo miró con firmeza y dijo:

—No vivimos en un sueño. Lo que ves son realidades. Tú transformas estas realidades, las transportas a tu propio mundo, donde llegan a ser... sombras, ensueños. Eso no está bien. Las cosas deben aceptarse como son, como han sido siempre...

Cristóbal no podía detenerse. Aquello, todo aquello, lo había mantenido escondido durante tanto tiempo que ahora que se entreabría la compuerta todos los problemas se agolpaban tratando de salir, de expresarse. Era una especie de desahogo. Sabía que para los once años de su hijo, la mitad de sus palabras serían perniciosas; pero no podía luchar contra aquel alocado cauce.

Cristóbal veía que Javier era un niño; mas no sabía lo que es un niño. Y ahí radicaba su problema. No sabía que en todo niño existe una celda de fantasía, en algunos más desarrollada, en otros menos. El tiempo se encarga luego de moldear aquella porción de ensueño, trayendo a la realidad toda esa inocente poesía. Sólo el tiempo realiza esto. Pero mientras el niño permanece niño, seguirá soñando, seguirá viviendo en aquel mundo de imaginación donde los seres verdaderos se mezclan a los personajes de leyenda, donde la noche es día sin sol y el día una noche iluminada.

Y Cristóbal, que quizás no alcanzó a ser niño, no podía comprender a Javier.

—Que lo que pienses permanezca enclavado en la tierra y no eche alas para volar hacia arriba, hacia lugares extraños. Créeme, Javier, lo hago por tu bien. El hombre debe ser práctico, estar en contacto con la realidad. ¿Me comprendes, verdad?

El muchacho permaneció mudo.

—Me asustas, hijo. Qué será de ti cuando yo no esté...

—¡Papá!

Cristóbal suspiró. Estaba agotado. Por un momento cerró los ojos... Ansiaba sentir cómo el tiempo se escurría.

—Lo que sucedió esta noche, por ejemplo. Ya viste como todos mis amigos rieron. Ahora... no importa: eres un niño. Pero ¿y si nunca cambiaras?

—¿Lo de esta noche?

—Sí, aquella disparatada idea de formar un parque en la pampa. Una...

—¿Y por qué no?

Quiso guardar silencio; pero algo lo impulsaba a proseguir, a razonar con él.

—Bueno... aceptemos que en las tierras existe ese fertilizante, ese que tú decías... que ayuda al crecimiento de las plantas —buscaba palabras que fuesen sencillas—. Bien. Existe eso. ¿Pero de qué sirve si no hay una gota de agua?

—¿Agua?

—¿No viste las tierras resecas? La desolación... la aridez...

—Muchas veces —interrumpió Javier— hay fuentes escondidas. El agua corre.

Cristóbal ya no oía. Estaba cansado, cansado de hablar, de tratar de arreglar su vida tan destrozada, como quien junta los pedazos de un jarrón roto sabiendo que siempre faltará uno. Ya no le importaba lo que sucediese; por lo menos esta noche... mañana pensaría sobre todo aquello. Hoy se le antojaban estúpidas todas esas consideraciones. Absurdas. Además, estaba cansado, tan cansado.

* * *

Los crepúsculos eran extraños. La luz persistía largo rato al hacerse incierta. Toda una gama de violetas se sucedía encadenados y el horizonte se dibujaba como un trazo de luz desnuda. Corrían napas de viento a ras de tierra con un lejano silbido que anticipaba algo de misterioso, de irreal. Luego pampa y cielo tomaban el mismo color.

En esa hora equívoca, Javier se alejaba de la Oficina. Y repentinamente, al entrar en plena pampa, lo asaltaba aquella sensación que lo acompañara en su viaje desde el puerto. Sentía esa presencia —¿podía llamarla presencia?— que rondaba junto a él. La adivinaba alerta, como una sombra, como

un hálito que acechara. ¿Hálito? Y sin embargo no; no era hálito sino más bien silencio vivo.

A ratos se veía tan libre. Ahí, en medio de toda esta extensión. Sin límites. Sin barreras. ¡Cómo odiaba los tristes muros del colegio!... allá, en su pasado lejano. Odiaba la campana que dividía el tiempo, destrozando su continuidad. Odiaba esa reja por siempre cerrada y a través de la cual entreveía un paisaje que llegó a parecerle irreal tan bello era. Pero aquí... era diferente. Nadie estaba tras él; podía gustar las horas, minuto por minuto. Podía escuchar las pulsaciones de su sangre.

No obstante nunca se sentía completamente solo. Revoloteaba esa presencia.

La noche insinuábase por momentos. Algunos toques negros recorrían la tierra para perderse a lo lejos. Fue en aquella hora alucinante cuando Javier vio por primera vez a Raquel.

La llamaban la loca. Raquel, la loca. Todos en la Oficina la conocían y la consideraban como una distracción en esa monotonía de las largas horas. Decían que su locura databa del tiempo en que ella misma hubo de recoger los despojos del cuerpo de su marido, dispersados por la fuerza de una explosión rebelde; pero nadie lo aseguraba. Otros pretendían que ya era loca cuando se casó. Lo cierto es que la llamaban loca. Era un personaje curioso: alta, se cubría siempre con telas y velos negros que escondían su cuerpo y parte del rostro. Las personas mirábanla con compasión y respeto; solo algunos niños, ansiosos tal vez de vencer el temor que su presencia inspiraba, perseguíanla a veces arrojándole piedras y a las voces de:

-¡Ah! Loca... la loca...

Todos los atardeceres se le veía recorrer la pampa, sin rumbo fijo.

-Allá va Raquel... la loca -decía alguien y todos reían de sus ocurrencias.

Cuando Javier la divisó a lo lejos, no experimentó miedo. La observó mientras se acercaba, el viento moldeando los velos a su cuerpo. Su figura evocaba las más diversas imágenes y, no sabía por qué, Javier sintió la necesidad de expresarlas en voz alta:

-Una nube... una llama negra... un tallo ceñido por vientos oscuros.

Era fascinante. Como una idea dentro de un sueño. Se detuvo junto a él y guardó silencio. El muchacho murmuró:

-Yo...

-¿Qué?

-Nada.

Todos esos velos parecían las alas de pájaros fabulosos. Los veía revolotear alrededor del cuello, de la cintura, entrelazándose, huyendo. Y toda ella era tan misteriosa que, por un momento, Javier pensó que la noche misma surgía de ese ser.

Entonces Raquel comenzó a hablar. ¡Javier nunca había oído una voz tan maravillosa! Las palabras se hacían música; con la liviandad de palomas que echan a volar brotaban las frases. Aéreas. Suaves. Hablaba sobre cosas extrañas para Javier; hablaba sobre la noche, sobre las brisas... Su lenguaje semejava aquel que descubriese un día en un libro que jamás volvió a encontrar. Y cada palabra, cada sonido despertaba una imagen.

–Amo las piedras... las joyas son frías. Solo las piedras tienen corazón.

Javier escuchaba en un trance. Poco a poco penetraba en zonas de fantasía, en un país de nieblas sedosas... lo aturdían y entre ese sueño veía charcos de luces, espesos, rumoreantes. Oía voces junto a él... tan próximas... y murmuraban algo, algo que no alcanzaba a escuchar, pero que sin embargo comprendía.

Paulatinamente se fue apagando la voz de Raquel. El silencio la ahogó en definitiva. Mas esa quietud poseía una voz.

–Me llaman la loca –dijo después de algunos minutos.

Javier no respondió.

La noche. Había llegado sorpresivamente. No se oyó el rumor de sus sombras. Algunas estrellas hirieron el cielo en desorden. Pero lo hicieron en silencio. Solo un vientecillo continuaba silbando.

–¡Loca! –rió– Raquel, la loca... Porque conozco los secretos de esta tierra. Todos... todos... Pero ellos solo me contestan con carcajadas. ¡Idiotas! No saben que solo yo conozco el secreto. Ríen como idiotas y me llaman loca... Yo sé, sé dónde está escondida la raíz del árbol...

–¿La raíz?

–Solo yo sé dónde brota la fuente más pura.

–¡La fuente! –gritó casi.

–Sí. Es tan cristalina y las piedras de su lecho son tan blancas que en ella no se ven imágenes.

–Entonces... ¿entonces hay agua?

–¿Si hay agua? Esa fuente es eterna. No se ha detenido nunca. No se detendrá jamás.

–Hay agua.

–Brotó a borbotones.

–¡Hay agua!

–Es de plata. A veces, al mirarla, creo que es el ala de algún pájaro inmenso que se ha detenido en la tierra...

–¿Hay una laguna? –preguntó Javier y en su voz se mezclaban la dicha y el ansia.

–Más que una laguna: un mar, un mundo...

El agua se ha acumulado durante siglos.

–Dime, dime cuán grande es.

—Más que todo lo que puedas imaginar —la mirada de Raquel se perdía en el horizonte; ni una sola vez había vuelto sus ojos hacia Javier mientras hablaban—. Tan grande, que con sus aguas se podría inundar la pampa.

—... y cubrirla de árboles...

Era algo como una luz en la noche. Una súbita florescencia.

—Dime... ¿es cierto que el agua parece de plata?

* * *

¿Era el viento el que silbaba entre los muros?... Me llamo Javier... Me llamo Javier... Me llamo... Cómo avanzaban esas brumas. Todas esas brumas. Eran suaves... ¿Por qué sus manos se deshacían en brumas? Y sus pies... Tenía pies de niebla ¡Ah! El vértigo. Abro los ojos. Voy cayendo lenta, lentamente, como si el aire fuera espeso, como si retuviese mi caída. Pero voy cayendo en este pozo tan oscuro... Mas en las grietas hay luz, una luz extraña, reflejo de otra luz... ¿quizás? ¿Dónde estoy? Mis manos, se aferran a esa grieta. Un momento todavía... siento rondar junto a mí aquella presencia; está cerca, la siento respirar... No, no... Mas mi cuerpo se hace niebla y pasa por aquella grieta... Zonas indefinidas de clarooscuro. La luz explota como una burbuja. Florece en cada átomo. No veo, no veo lo que hay a mi alrededor... Trazos corren por el aire, figuras se acercan y se alejan... no las puedo distinguir. ¿Son alas? Quizás mareas... Pero no ino! Son árboles, ahora se han detenido. Millares de árboles.

Tanto verde me aturde. Rumorea el viento en su follaje; lo veo mas no logro escucharlo. Es un murmullo mudo. Tan mudo. Y no había mirado hacia allá. Maravilloso... Todo cubierto de árboles, inmensos, gamas de colores: del gris al negro pasando por todos esos verdes. Tanto matiz me sofoca, la luz... Pero hay tibieza en mí, algo que semeja la dicha, fuerte y sana, al igual que un golpe de viento. El viento... El cielo se desploma sobre mí, pesado. Esta tierra, me parece reconocerla. Quizás... Sí, sí... es la pampa. Se ha inundado de árboles, de verde, de rumores suaves. Es esa pampa toda florecida...

Y entre los árboles avanza Raquel.

* * *

Se encontraron al amanecer.

Aún quedaba en la atmósfera algo de la noche. Su silencio, sus sombras. Raquel lo esperaba ya en el lugar indicado. Javier tuvo la sensación de que toda la oscuridad convergía hacia ella, tal como la tarde anterior creyó que surgía de su cuerpo.

–Sígueme –susurró Raquel–. Tenemos un largo camino que hacer.
Toda esta pampa cubierta de árboles. Al alba el sol brillaría en las hojas...
–¿Es muy lejos?

La mujer había echado a andar y no contestó. Javier la seguía. El polvo callaba el sonido de sus pasos, los hacía irreales, como si caminaran sobre brumas silenciosas.

Una promesa de sol se dibujaba con debilidad en el horizonte. Aquel horizonte que cada vez se hacía más lejano. En la mente de Javier brotó la idea de un juego que adoraba cuando pequeño: dos líneas separadas por cierta distancia movíanse conservando siempre la misma separación. No se alcanzaban nunca... Y sin embargo ¿por qué no habrían de encontrarse? Quizás sí... Pero todo daba vueltas en su cabeza.

Sintió frío.

* * *

Todo a su alrededor recordaba el calor. Las grietas que, como labios carcomidos, se entreabrían dejando ver profundidades vacías; la amplitud enervante en monótona coloración; un viento de fuego a ras de tierra, y ese cielo que caía al igual que una mortaja hirviente.

¿Dos horas? Quizás más; quizás menos. El tiempo comenzaba a perder su significado. No eran sino lapsos de silencio o de viento los que interrumpían la corriente inalterable.

Comenzó a sentir el revoloteo de ese algo misterioso junto a él. La sentía vibrar esa presencia. Y llegó a desear que se presentase ante él, fuera quien fuera. Pero que dejara de ser aire, idea, nada. No... nada no... ¡No!

* * *

Una nube se alargaba en el cielo. La veía tan blanca en medio de esa zona grisácea. ¿Era un cisne? ¿Una flor? O simplemente una nube.

Uno, dos... uno, dos... comenzaba a sentir los pies pesados, como si millares de seres desconocidos pero diminutos, de eso estaba seguro se aferrarán a sus tobillos. Uno, dos... ¿En qué pensar? ¿En los árboles que inundarían toda esa tierra? Sí... mas no sabía por qué, la idea ya no era tan vigorosa; en ella algo no concordaba. Quizás fuese una locura su proyecto... Mas no ino! Debía realizarse. Debía...

* * *

Esos velos que revoloteaban tras Raquel lo mareaban. Oía sus golpes secos, lejanos, como ecos de otros ruidos.

En ellos debía pensar. Recordaba las comparaciones que hizo la tarde anterior:

-Una nube... una llama negra... -repitió entre dientes.

Era curioso, pero ahora no podía imaginar esas cosas. Ahora solo veía velos... los velos de un traje... del traje de Raquel.

* * *

-Ahí -gritó de pronto la mujer y su brazo se extendía hacia el horizonte. Javier siguió la dirección indicada... sus ojos se llenaron de lágrimas. Las rodillas amenazaron doblarse, como si las piernas no pudiesen soportar el peso del cuerpo.

-Ahí -repitió Raquel.

Javier creyó no haber visto jamás algo tan hermoso. El lago era inmenso, más grande de lo que pudiese abarcar cualquier palabra. Y era todo de plata. Tal como Raquel lo describiera. Tuvo ansias de hundir sus labios en aquellas aguas. Las adivinaba frescas, llenas de estremecimientos.

¡Era verdad, entonces! Por un momento había dudado. No obstante era verdad. Lo sabía. Lo estaba viendo.

Como alas suaves rozáronlo las antiguas imágenes. Despertaban en él una dicha nunca antes experimentada. Lloraba en su dicha.

* * *

Recto. Muy recto. El sol caía a plomo.

-¿No llegaremos nunca?

Raquel se volvió con energía. Una mirada que nacía tras las pupilas inmovilizó al muchacho:

-¿Quieres volverte?

Continuaron.

* * *

Era una voz. Sí, estaba seguro. Ahora lo comprendía. Ese algo que rondaba a su alrededor era una voz. Insinuante... oía sus palabras con claridad. Lo requería. ¿A qué? ¿A dónde? Y en ese modular delicioso entreveía algo de mortífero. Pero no importaba... sabía qué era y eso solo... Quizás era la voz de las piedras. Quizás era la voz de la tierra. Esa voz de silencio.

* * *

-Raquel -murmuró, pero ella no contestaba.

Avanzar... paso tras paso... la vista perdida en las huellas de la mujer. Así... Uno, dos. Contar las piedras, las nubes, las piedras nuevamente.

Y de súbito tuvo un presentimiento. Levantó los ojos:

-¿Dónde? -gritó y su voz se desgajaba en la garganta-. Ha desaparecido...

Raquel se detuvo. En aquel instante la brisa murió y los velos cayeron a lo largo de su cuerpo como pétalos marchitos. Estaba inmóvil. Silenciosa.

Javier corrió hacia ella. La pregunta se detuvo entre sus labios y retrocedió espantado, pues ahora comprendía. Ahora veía la desolación a su alrededor, veía lo absurdo en su idea.

Así, de golpe, como una horrible revelación. Ahora todo adquiriría su verdadero esbozo, el trazo mismo perdía su silueta desvaída, haciéndose recto y potente en su color. Raquel ya no era esa voz surgida de la noche sino una pobre loca que lloraba silenciosamente junto a él.

Y todo era más comprensible; pero menos maravilloso.